

indignación que tal vez no se hallaba en armonía con la pequeñez del motivo que la había ocasionado.

—¡Me han desairado de un modo atroz!—exclamó el ricachón.—Y clama al cielo el desprecio que esos miserables han hecho de mi persona. Pero yo me vengaré y les haré pagar muy caro la brutalidad que conmigo han cometido.

Y el ricachón se venga de una manera cruel.

Los salbequenses—dijo con acento de reconcentrada ira—no han querido que yo interviniese en la organización de los festejos públicos. Pues bien, yo les aguaré las fiestas organizando suntuosos y brillantes entierros que á cada momento circulen por las principales calles de la ciudad.

No se figuren nuestros lectores que el despechado varón se consagrara á matar por su propia mano á los habitantes de Salbec, pues el procedimiento hubiera sido terrible, y sobre todo, sumamente expuesto para su persona.

Limitóse, por tanto, á pagar suntuosos y magníficos entierros á todos los pobres de la ciudad que fallecían, y á hacer que doblaran á muerte las campanas de todas las iglesias, que únicamente solían vibrar cuando se trataba del fallecimiento de alguna persona pudiente.

Cuando ocurría una defunción, le avisaba un empleado de la Alcaldía y se presentaba inmediatamente á la familia del finado, á la que, con un pretexto cualquiera, regalaba un entierro de primera clase, con todo el cortejo de curas, de sochantres y de niños de los hospicios, que iban cantando por las principales calles de Salbec sus fúnebres salmos.

Las campanas no cesaban de tocar á muerte, y no se oía en todo el santo día de Dios más que el triste sonido que de ellas se desprendía.

La Junta directiva, completamente desmoralizada, no tuvo más remedio que dimitir.

Y lo que es por este año, no ha podido salir Salbec del horrible marasmo en que se halla sumido.

ALFONSO ALLAIS.

D. Pedro Lira en la Exposición de París

Don Pedro Lira no deja al público olvidarse de sus obras. Cada año presenta al Salón numerosos trabajos de variada índole, que si muchas veces no atestiguan un progreso marcado y real, muestran al menos la avezada y segura mano del maestro.

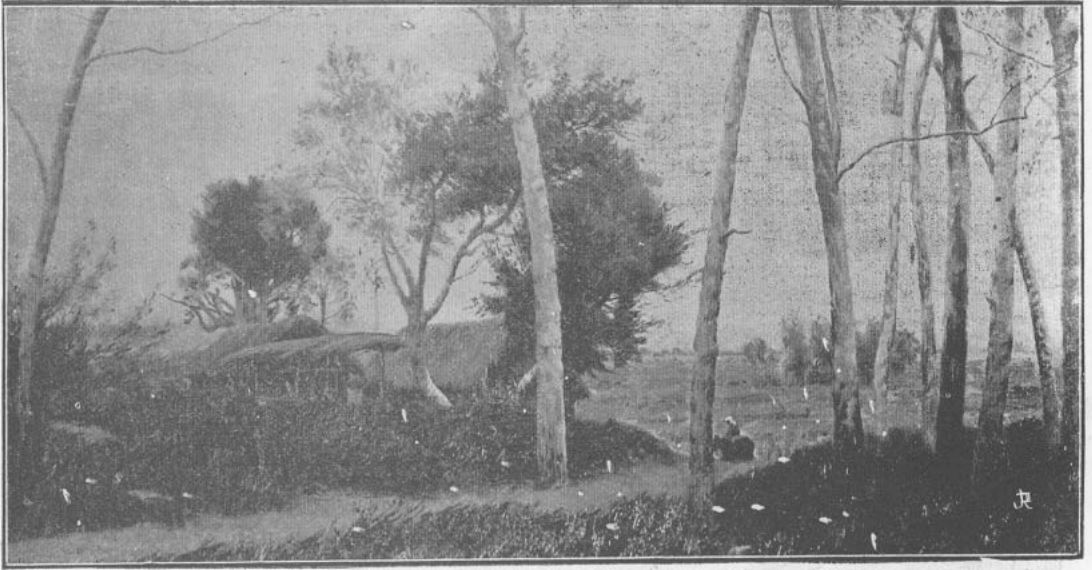
Presentamos á nuestros lectores dos hermosos paisajes, enviados por el señor Lira á París, y cuyas fotografías no han podido dar el contraste y gradación de luz y colores de los cuadros.

Sin embargo, se puede apreciar en ellos esa serena amplitud del horizonte que domina tan bien Lira, y que se complace ordinariamente en interrumpir con la solitaria figura de un caminante, ó la desordenada agrupación de árboles movidos por el viento.

No dudamos que nuestro compatriota representará bien en París el arte nacional, que sólo por un pesimismo que aplicamos á todas nuestras cosas, creemos decaído ó muerto.



Don PEDRO LIRA



LA CHOZA, salida de Luna

(Cuadro de D. Pedro Lira)

No había manera de que los salbequenses pudiesen ponerse de acuerdo en nada ni por nada.

Ni siquiera había unidad en las costumbres y en la manera de vestir.

Cada cual hacía de su capa un sayo y se burlaba sin piedad de sus conciudadanos.

Si alguien se ocupaba de arte ó de literatura se le consideraba inmediatamente como un farsante, como un canalla, como un erbustero de la peor especie.

A consecuencia de tan gran rebajamiento moral, la ciudad de Salbec no podía mejorar en modo alguno su aflictiva situación, que iba empeorando de día en día de una manera verdaderamente lamentable.

Y, sin embargo, durante una hermosa mañana de verano, Salbec dió al fin señales de vida.

II

Varios habitantes de la ciudad se reunieron en los cafés, nombraron presidentes de honor y decretaron que era preciso hacer algo práctico y decisivo para remediar tantísimo desastre y reanimar el espíritu de los salbequenses.

Había que hacer algo extraordinario. ¿Para qué?

Había que organizar fiestas para disipar la tristeza de los infelices moradores de la ciudad. ¿Pero qué fiestas?

Unos proponían que se convocase un concurso de Orfeones, otros pedían que se hicieran magníficas regatas; otros pretendían que se dieran grandes funciones teatrales; otros, en fin, hablaban de carreras de velocípedos y de otras diversiones por el estilo; pero no había medio de ponerse de acuerdo, toda vez que nadie quería abdicar del pensamiento que hubiera emitido ante sus compatriotas.

Para acabar de una vez, resolvióse convocar, en una sala de la Alcaldía, á todas las personas á quienes pudiese interesar el asunto, y nombrar una Junta directiva encargada de organizar solemnes y brillantes fiestas que difundiesen por toda Salbec la animación y la alegría de que se hallaba falta desde hacía ya muchísimos años.

III

Entre los candidatos indicados para formar la Junta magna de festejos figuraba un individuo riquísimo y cargado de oro, recientemente establecido en el país.

No se sabe por qué razón; pero el caso es que el tal sujeto, á pesar de la inmensa fortuna que poseía, no fué elegido individuo de la Junta directiva, lo cual le produjo una

del techo del zaguán una poltrona de marroquí, que por medio de un cordel iba á dejarse caer sobre la cabeza del ratero.

La esposa buscó un alfiler de sombrero, para clavárselo al infeliz una vez suficientemente aprehendido.

La hija casadera se armó de un tenedor, cuyos dientes habían sido aguzados de antemano.

Y la Policarpa, antigua cocinera de la casa, eligió, entre todas las armas domésticas que tenía á su alcance, una parrilla de fierro donde se hacían los *bisteques* desde tiempo inmemorial. En cuanto á Clodomiro, el sirviente para los mandados, tomó para sí la escoba por conocer perfectamente su mecanismo.



LA VUELTA DEL TRABAJO (Cuadro de D. Pedro Lira)

Se acordó un día retardar la hora de comer y poner en ejecución el plan combinado, para lo cual la familia Arredondo gastó un lujo de estrategia que ya se quisiera Roberts para sí en estos momentos.

II

LA INFLACIÓN

Entre tanto, en la calle del Romero, tercera casa á mano derecha, «pasada la farola», había un ambiente más pacífico y sereno. Allí no soplaban, como en la calle del Granado, las iras de Marte, sino las enervantes caricias de Cupido.

Manolo, el novio de la señorita Arredondo, el que le había regalado la pieza de cristal robada, el más tierno y enamorado galán del hemisferio sur, acababa de llegar de Colchagua, donde trabaja en el campo.

Deseoso de visitar á su novia y producirle una agradable impresión, resolvió renovar enteramente su traje, aprovechando la excelente venta de trigo á 7.60 la fanega.

Para el efecto visitó á Mr. Brilland y le encargó la confección de un terno de levita que le hiciera buen «cuerpo» para que así pudieran decirle en casa de la novia: «le asienta mucho la levita, Manolo.»

Pasó después donde Launay y adquirió un sombrero de copa por la suma alzada de treinta pesos, y eso *por ser él*, como le dijo galantemente el mismísimo Mr. Launay.

Compró también una corbata roja con lunares amarillos y guantes color lila. La señorita Arredondo se fija mucho en las exterioridades, y así esperaba Manolo muy fundamentalmente renovar en su inflamable corazón la llama del amor.

A eso de las seis de la tarde se vistió y se fué derechamente á la galería de San Carlos, donde por la módica suma de diez centavos le dejaron el calzado tan brillante que sólo era posible mirarlo con anteojos azules para no perder la vista.